

sición. Desocupar una aristocracia es hacerla murmuradora; el hombre no admite voluntariamente una regla sino cuando contribuye á aplicarla. ¿Queréis volverla á unir al gobierno? Haced que tome parte en él. De lo contrario, convertido en espectador, no verá de él sino las faltas ni sentirá más que los disgustos, no estará dispuesta á otra cosa que á censurar y á silbar. En efecto, en este caso, sucede como en el teatro, y en el teatro quiere uno divertirse, y desde luego, no ser molestado. ¡Cuántas molestias en el orden establecido y hasta en todo orden establecido! En primer término, la religión. Para los amables «ociosos» que describe Voltaire en su *Princesa de Babilonia*, pero las «cien mil personas que nada tienen que hacer sino jugar y divertirse» es ella el pedagogo más antipático, siempre gruñendo, hóstil al placer de los sentidos, al pensamiento libre, quemando los libros que se querían leer, imponiendo dogmas que no se entienden ya. Hablando con propiedad, es el jabalí; cualquiera que le aseste un dardo, es bien venido. Otra cadena, la moral de los sexos. Esta parece muy pesada á los hombres entregados al placer, á los camaradas de Richelieu, Lanzun y Tilly, á los héroes de Crebillon, hijo, á todo aquel mundo galante y libertino para quien la irregularidad se ha convertido en regla. Nuestra gente de tono adoptará sin dificultades una teoría que legitima su práctica. Estarán á sus anchas al aprender que el matrimonio es un convenio y una preocupación. Aplaudirán á Saint-Lambert cuando durante la cena y levantando la copa del champagne, proponga la vuelta á la naturaleza y las costumbres de Otaiti (1).

Última traba, el gobierno, la más incómoda de todas, porque aplica las demás y reprime al hombre con todo su peso y el de los demás. El gobierno es absoluto, está centralizado, procede por favor, es atrasado, comete faltas, sufre reveses; ¡cuántas causas de descontento en pocas palabras! Tiene contra sí los resentimientos vagos y sordos de los antiguos poderes á quienes ha despojado. Estados provinciales, parlamentos, magnates de provincia, nobles de la antigua extirpe que como los Mirabeau conservan el espíritu feudal, y como el padre de Chateaubriand, llaman al abate Raynal un «hombre fuerte.» Existe contra él el despecho de todos los que se creen defraudados en la distribución de los empleos y de las mercedes, no solamente la nobleza de pro-

(1) Sra. de Epinay ed. Boiteau I, 216, cena en casa de la comediante señorita Quinault, con Saint Lambert, el príncipe de..., Duclós y la Sra. de Epinay.

vincia que se queda á la puerta (como el padre de Marmont, por ejemplo, el cual, según las memorias del mariscal del mismo nombre á pesar de haber ganado á los 28 años la cruz de San Luís, deja el servicio porque todas las gracias se conceden á los cortesanos y retirado en su castillo es liberal y enseña de leer á su hijo en el Manifiesto de Necker), mientras la nobleza cortesana come en el real festín, sino también la mayor parte de los cortesanos reducidos á las sobras, al paso que los favoritos del pequeño círculo íntimo engullen las tajadas mayores. Tiene contra sí el mal humor de sus administrados que viéndole tomar el papel de Providencia y encargarse de todo, todo se lo atribuye, la carestía del pan lo propio que el desarreglo de su camino. Tiene contra sí la nueva humanidad que en los más elegantes salones lo acusa de sostener los añejos restos de una época bárbara, impuestos mal aplicados, mal repartidos y mal recaudados, leyes sanguinarias, procedimientos ciegos, suplicios atroces, persecución de los protestantes, decretos de prisión, cárceles de Estado. Y he dejado aparte sus excesos, sus escándalos, sus desastres y sus vergüenzas. Rosbach, el tratado de París, la señora Dubarry, la carrota. Llega el disgusto, decididamente todo va mal. Los espectadores del drama, dícense que no sólo es malo sino también que está mal construido el teatro, que es incómodo, sofocante, mezquino, hasta el punto de que para hacerlo cómodo será menester derribarlo y reconstruirlo desde el sótano del granero.

En este instante intervienen los arquitectos nuevos, con sus especiosos racionios y sus planos trazados, demostrando que todos los grandes edificios públicos, religiones, morales, sociedades, no pueden menos de ser toscos é insanos, ya que hasta aquí fueron construídos con piezas y pedazos á medida que fueron necesarios, por locos y por bárbaros la mayor parte de las veces, y siempre por albañiles y al azar, á tientas y sin principios. En su opinión ellos son arquitectos y tienen principios, tales son, la razón, la naturaleza, los derechos del hombre, principios sencillos y fecundos que todos pueden entender y de los cuales basta sacar las consecuencias para sustituir las informes construcciones del pasado con el admirable edificio del porvenir. Grande es la tentación para descontentos poco devotos, epicúreos y filántropos. Fácilmente adoptan máximas, parecen conformarse con sus secretos deseos; por lo menos las adoptan en teoría y de palabra. ¡Qué grandes palabras, libertad, justicia, felicidad pública, dignidad del hombre! ¡Son tan bellas, y por otra

parte tan vagas! ¿Qué corazón puede privarse de quererlas y qué inteligencia puede preveer todas sus aplicaciones? Y tanto más cuanto que hasta el último instante la teoría no desciende de las alturas, cuanto que permanece desterrada en sus abstracciones, que se parece á una disertación académica y que se trata siempre del hombre en sí mismo, del contrato social, de la ciudad imaginaria y perfecta. ¿Hay en Versalles un solo cortesano que se resista á decretar la igualdad en talento? Entre los dos aposentos de la inteligencia humana, el superior en que se teje el racionio puro, y el inferior en que se aposentan las creencias activas, la comunicación no es completa ni rápida. Muchos principios no salen del aposento superior; permanecen en él en estado de curiosidades; son mecanismos delicados, ingeniosos de que gustosos hacemos ostentación, pero que casi nunca utilizamos. Si alguna vez su propietario los traslada al aposento inferior, no se sirve de ellos sino á medias; costumbres establecidas, intereses ó instintos anteriores y más fuertes restringen su uso. Y en eso no obra de mala fe, es hombre; cada uno de nosotros profesa verdades que no practica. Una noche, el toscos abogado Target, toma un polvo de rapé de la caja de la mariscal de Beauvau, y ésta, cuya reunión es un pequeño club democrático, queda sofocada por tan monstruosa familiaridad. Más tarde, Mirabeau de vuelta á su casa, después de haber votado la abolición de los títulos nobiliarios, coge de la oreja á su criado y le dice riendo con su tonante voz: «¡Aquí, bribón! espero que siempre seré para tí el señor conde.» Esto demuestra hasta qué punto son admitidas las nuevas teorías en una cabeza aristocrática. Ocupan todo el aposento superior y en él tejen con grato ruido la trama de la conversación interminable; su zumbido es continuo durante todo el siglo; nunca se vió en las reuniones semejante desarrollo de frases generales y de chistes. Algo cae en el aposento inferior; pero no es más que el polvo, esto es, la esperanza, la confianza en el porvenir, la creencia en la razón, el gusto por la verdad, la buena voluntad juvenil y generosa, el entusiasmo que pasa rápidamente, pero que á veces puede exaltarse hasta la abnegación y el sacrificio.

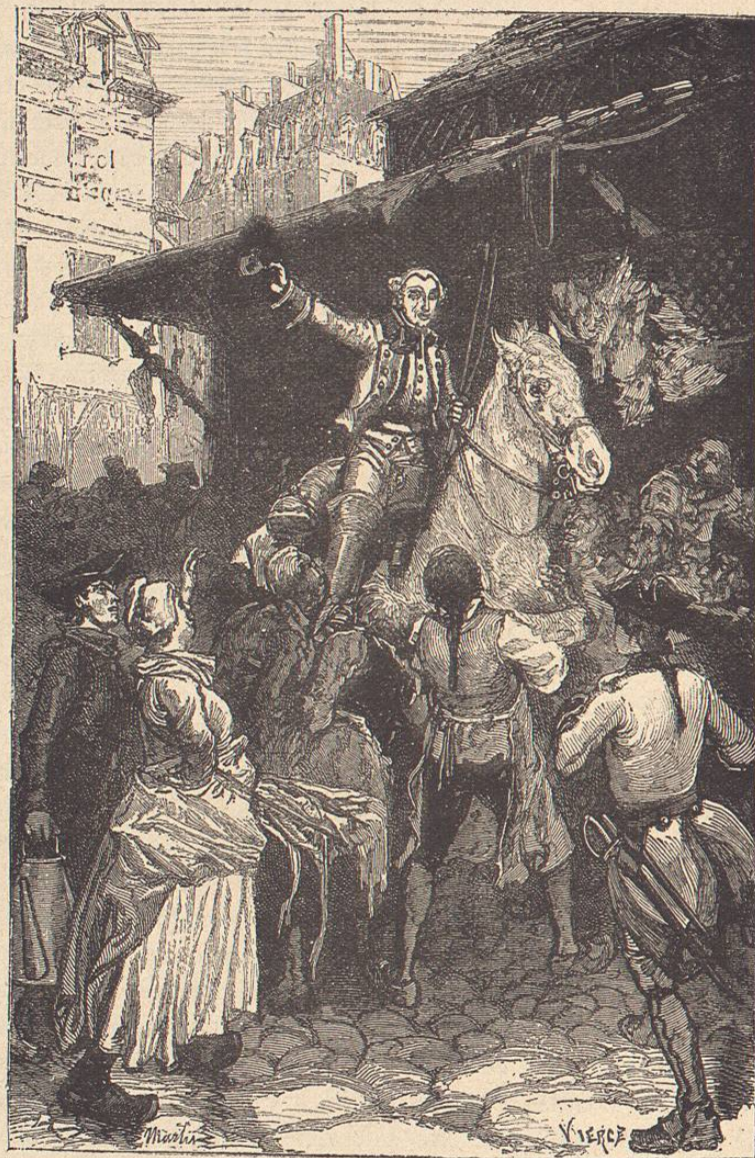
IV

Sigamos los progresos de la filosofía en la clase elevada. La religión es la que recibe los primeros y mayores golpes. El pequeño grupo de excépticos apenas perceptible en tiempo de Luís XIV, ha alis-

tado sus reclutas en la sombra; en 1678, la madre del Regente escribe ya, como puede verse en el *Espíritu público en el siglo XVIII*, pág. 7, de Aubertin, «que ya casi no se ve ahora ni un solo joven que no quiera ser ateo.» Con la Regencia «la incredulidad se produce públicamente.» «Yo no creo, dice la madre del Regente en 1722, que haya en París entre eclesiásticos y laicos, ni cien personas que tengan verdadera fe ó que crean ni siquiera en Nuestro Señor Jesucristo. Esto hace temblar...» Ya en el mundo, el papel de un eclesiástico es difícil; no parece sino que sea un Juan de las Villas ó un bobo, como lo comprueban Montesquieu en sus *Cartas persas* y otros autores de la época. «Desde el momento que aparecemos en una reunión, se nos hace disputar, dice uno de ellos, se nos obliga, por ejemplo, á que demos la utilidad de la plegaria para un hombre que no cree en Dios, la necesidad del ayuno en el que toda su vida ha negado la inmortalidad del alma; la empresa es árdua y los zumbones no están á nuestro favor.» En breve, el continuado escándalo de las bulas de confesión, y la obstinación con que los obispos se niegan á permitir que se imponga contribución á los bienes eclesiásticos, sublevan la opinión contra el clero, y por consiguiente contra la religión. «Es de temer que eso acabe de una manera seria; dice Barbier en 1751; podría verse un día en este país una revolución para abrazar la religión protestante.» «El odio á los sacerdotes, escribe de Argenson, en 1753, llega al último extremo. Apenas se atreven á presentarse en las calles, sin que se les ahulle... Como nuestra nación y nuestro siglo son ilustrados» de una manera muy distinta «de la época de Lutero, se llegará hasta donde deba llegarse; se desterrarán todos los sacerdotes, todo sacerdocio, toda religión, todo misterio...» «Ya no se atreve nadie á hablar á favor del clero en una buena sociedad, porque de hacerlo se le mira á uno como infamado y como familiar de la inquisición. Los sacerdotes han experimentado este año en el número de sus comulgantes una disminución que pasa de un tercio de ellos. El colegio de los jesuitas queda desierto; ciento veinte pensionistas se han apartado de estos monjes tan desacreditados... También se ha observado en el carnaval de París que nunca se habían visto en el baile tantos máscaras, disfrazados con trajes eclesiásticos, esto es, de obispos, de abates, de frailes, de monjas.» La antipatía por ellos es tan grande que la obra más medianea hace favor desde el momento en que es anticristiana y condenada por tal. En 1748 una obra de Toussaint, á favor de la religión natural,

Las Costumbres, se hace de repente tan célebre, «que no hay nadie en cierta parte de la sociedad, dice Barbier, hombres ni mujeres que se precien de algún talento y no quieran conocerla. Unos á otros se acercan en los paseos preguntándose: «¿Habéis

leído *Las Costumbres*?» Diez años más tarde se ha dejado atrás el deísmo. «El materialismo, dice igualmente Barbier, es la gran enormidad...» «Casi toda la gente de estudio y de agradables conocimientos, escribe de Argenson, se desata contra nuestra santa



Correo anunciando el restablecimiento de la salud de Luis XV

religión. Se la sacude por todas partes, y lo que más anima á los incrédulos, son los esfuerzos que los devotos hacen para obligar á que se crea en ella. Y suprimen libros que pocos leen; ya no se discute, se ríe de todo, y se persiste en el materialismo.» Horacio Walpole que en 1765, vuelve á Francia y cuyo buen sentido prevee el peligro, se sorprende de tanta imprudencia. «Hoy he comido, dice, con una docena de sabios; aún cuando todos los criados estaban presentes para servirnos, la conversación ha

sido mucho más libre hasta sobre el Antiguo Testamento, de lo que yo permitiría en mi propia mesa en Inglaterra, aún cuando sólo pudiera escucharla un solo criado.» Por todas partes se dogmatiza. «La burla está tan en moda como los muñecos de cartón ó el dominguillo. Nuestra buena gente ya no tiene tiempo de divertirse, tiene hartos quehacer; en primer lugar es necesario que echen por tierra á Dios y al rey, todos y cada uno, hombres y mujeres se dedican á su demolición. A sus ojos soy un infiel,

porque todavía conservo en pié algunas creencias.» «¿Sabéis lo que son los filósofos y lo que significa aquí esta palabra? En primer lugar, comprende casi á todo el mundo; en seguida, designa á las personas que se declaran enemigas del papismo, pero que, en su mayor parte, tienen por objeto el derribo de toda clase de religión.» «Estos sabios, á quienes pido perdón, estos filósofos son insoportables, superficiales, arrogantes y fanáticos. Predican incesantemente, no podéis figuraros con qué libertad, y la doctrina

que confiesan es el ateísmo... Ni el mismo Voltaire les satisface ya; una de sus prosélitas me dijo de él: «Es gazmoño, es un deísta.»

Eso es muy violento, y ahora no estamos en situación de comprenderlo, porque la impiedad es más bien una moda que una convicción. Walpole, que era un buen observador, no se equivocó en esto. «Por lo que acabo de deciros de sus opiniones religiosas, ó mejor aún, irreligiosas, escribe, no vayáis á deducir que las personas de calidad, por lo menos,



Cardenal de Brienne

los hombres, sean ateos. Afortunadamente para ellos, ¡pobres espíritus! no son capaces de llevar tan allá su raciocinio, pero dicen sí muchas enormidades porque esta es la moda, y porque no saben cómo contradecirlas.» Al presente en que «los petimetres son rancieros» y todo el mundo «es filósofo,» «son filósofos,» necesario es ser como todo el mundo. Pero lo que les gusta en el materialismo nuevo es la agudeza de la paradoja y la libertad del placer. Son escolares de buena casa que hacen muecas á su preceptor eclesiástico. Echan mano de las teorías sabias para ponerle una cabeza de asno, y sus travесuras les agradan más cuando tienen una punta de impiedad. Habiendo visto un magnate de la corte el cuadro de Doyen, *Santa Genoveva* y *los apestados*, hace que el pintor vaya el siguiente día á casa de su querida y «quisiera, le dice, según el *Diario* y *las Memorias*, de Colle, que pintarais la señora sobre un columpio movido por un obispo; á mí me

colocaréis de manera que pueda ver las pantorrillas de esta hermosa niña, y si quisierais animar todavía más el cuadro, mejor aún.» La tan picaresca canción, de *Marotte* circula con furor; «á los quince días de compuesta, dice Collé, no he hallado á nadie que no tuviera de ella una copia; y es el chiste, es decir, la reunión del clero lo que constituye todo el favor de que goza.» Cuanto más irreligioso es un libro licencioso, más se le saborea; cuando no se le puede tener impreso, se copia. Cuenta Collé, «quizás en dos mil copias manuscritas, de *La doncella*, de Voltaire, las que se esparcieron por París en el espacio de un mes.» «Los mismos magistrados no queman sino por mera fórmula.» No creáis que el señor verdugo tenga el permiso de echar al fuego los libros cuyos títulos figuran en el decreto de la Corte. Los jueces sentirían mucho el tener que quitar de sus bibliotecas el ejemplar de cada una de estas obras, que de derecho les corresponde, y el

escribano los suple con algunos desventurados papeles de engaño de que nunca carecen (1).

Pero á medida que el siglo avanza, la incredulidad menos ruidosa se hace más firme; se templa en los manantiales; las mismas mujeres se tocan de la manía de las ciencias. En 1782, según se ve en la *Adela y Teodoro*, de la señora Genlis, uno de sus personajes escribe: «Cinco años hace que las dejé sin que pensarán más que en su adorno y en el arreglo de sus cenas; las vuelvo á encontrar sabias y con agradables conocimientos.» En el gabinete de una dama á la moda, se encuentra al lado de un pequeño altar dedicado á la Beneficencia ó á la Amistad, un diccionario de historia natural, tratados de física y química. Las mujeres ya no se hacen retratar en traje de Diosas y sobre una nube, sino en un laboratorio con la escuadra en la mano ó con el telescopio, como acredita de Goncourt en *La mujer del siglo XVIII*, 371-373. La marquesa de Nesle, las condesas de Brancas y de Pons y la marquesa de Polignac, están en casa de Rouelle cuando intenta fundir y volatilizar el diamante. En los salones se forman sociedades de veinte y veinticinco personas para seguir un curso de física ó de química aplicada, de mineralogía ó de botánica. En la sesión pública de la Academia de Inscripciones, las mujeres del mundo aplauden disertaciones sobre el buey Apis, sobre la relación de las lenguas egipcia, fenicia y griega. En fin, en 1786 hácese ellas abrir las puertas del Colegio de Francia. Nada les repugna; muchas manejan la lanceta y hasta el escalpelo; la marquesa de Voyer asiste á las disecciones, y la joven condesa de Coigny disecó con sus propias manos. En este cimiento, que es el de la filosofía reinante, toma un nuevo punto de apoyo la incredulidad mundana. Hacia últimos del siglo, como dice la señora Genlis en su *Adela y Teodoro*, II, 326, «se ven jóvenes que desde hace seis ó siete años pertenecen á la buena sociedad, como se precian abiertamente de irreligiosos, creyendo que la impiedad hace las veces del talento, y que ser ateo es ser filósofo.» Cierta que hay muchos deístas, sobre todo desde Rousseau, pero creo que de cien personas de buena sociedad no se hallan aún en París diez cristianos ó cristianas. «De diez años acá, dice Mercier en 1783 en su *Cuadro de París*, III, 44, la buena sociedad no oye misa; no la oye sino el domingo por no escandalizar á los lacayos, y estos saben que no se va á misa sino por ellos.» El duque de Coigny, como

(1) *Correspondencia literaria*, por Grimm.

se cuenta en la *Correspondencia secreta*, por Metra, XVII, 387, en sus haciendas, cerca de Amiens, se opone á que se ruegue por él, amenazando, en caso contrario, á su cura con hacerle echar de lo alto de su cátedra; cae enfermo su hijo y se opone á que se le administren los sacramentos; muere este hijo, prohíbe las exequias fúnebres y manda enterrar su cuerpo en el jardín; enfermo á su vez, cierra su puerta al obispo de Amiens que se presenta por doce veces para verle y muere del mismo modo que vivió. Verdad es que este escándalo es notado, es decir, raro, casi todos y casi todas «armonizan la conveniencia de las formas con la independencia de las ideas,» como dice de Goncourt. Cuando la camarera anuncia «señora Duquesa, el buen Dios está ahí; ¿permitís que entre? desea tener el honor de administraros;» se conservan las apariencias. Se introduce al importuno y se es urbano con él. Si se le esquivo es siempre mediante un pretexto decente, pero si se le complace no es más que por el bien parecer; «en Surata, cuando uno muere debe tener en la mano la cola de una vaca.» Nunca ha habido sociedad más despegada del cristianismo. A sus ojos una religión positiva no es más que una preocupación popular, buena para los niños y para los simples, no para «la gente de bien» ni para las personas mayores. Le debéis un saludo á la procesión que pasa, pero sólo un saludo.

Último indicio y el más grave de todos. Si los curas que trabajan y son del pueblo, tienen la fe del pueblo, los prelados que charlan y son del mundo tienen las opiniones del mundo. Y aquí no hablo solamente de los abates de sociedad, cortesanos domésticos, portadores de noticias, autores de cortos versos, complacedores de retrete que en una reunión sirven de eco, y de bocina, de salón en salón; un eco, una bocina no hacen más que repetir las palabras escépticas ó no que se le soplan. (1)

Se trata de los dignatarios, y por lo que á estos hacen, concuerdan todos los testimonios. En el mes de Agosto de 1767, el abate Bassinet, vicario general de Cahors, al pronunciar en la capilla del Louvre el panegírico de San Luís, «imprimió, como puede verse en Bachaumont III, 253, hasta la señal de la cruz. No citó ningún texto, no hizo cita alguna de

(1) El abate de Lattaingnant, canónigo de Reims, autor de poesías ligeras, y de coplitas de sobremesa, «acaba de dar para el teatro de Nicolet una pieza cuyo argumento se sostiene con muchas ocurrencias picarescas muy de moda en la actualidad. Los cortesanos que dan el tono á este teatro, tienen por delicioso al canónigo de Reims.» (Bachaumont IV, 174, Noviembre 1768).

la Escritura, ni habló una sola palabra de Dios ni de los santos. No consideró á Luís IX sino bajo el punto de vista de sus virtudes políticas, guerreras y morales. Atacó las cruzadas, demostró su absurdidad, su crueldad y hasta su injusticia. Atacó de frente y sin contemplación la corte de Roma. Otros, «evitan en la cátedra el pronunciar el nombre de Jesucristo, y sólo hablan del legislador de los cristianos.» En el código que la opinión mundana y el decoro social imponen al clero, un observador delicado, Champfort, determina del siguiente modo las distinciones de categoría y los diversos matices en la manera de conducirse: «Un simple sacerdote, debe creer un poco, pues de lo contrario se le tendría por hipócrita, pero tampoco debe estar seguro de lo que predica, pues se le tendría por intolerante. El vicario general, por el contrario, puede sonreír al oír un chiste á propósito de la religión, el obispo reir enteramente, y el cardenal, remacharlo.» «Hace algún tiempo, dice la crónica, se decía á uno de los más respetables curas de París. ¿Creéis que tengan mucha religión los obispos que nos la ponen siempre por delante? El buen pastor, tras un momento de vacilación, contestó: «Puede haber cuatro ó cinco que crean en ella.» Para quien conozca su nacimiento, sus sociedades, sus costumbres y sus gustos, esto no tiene nada de inverosímil. «Dom Callignon, representante de la abadía de Metlach, señor de horca y cuchillo y cura de Valmunster, bello sujeto, buen decidor y amable anfitrión, evita el escándalo y no permite se sienten á la mesa sus dos queridas sino en reunión familiar; por lo demás, es tan poco devoto como puede y menos aún que el vicario saboyano,» no viendo ningún mal sino en la justicia y en la falta de caridad, y considerando la religión como una institución política y un freno moral. Cítase otros muchos. M. de Grimaldi, el joven y galante obispo del Mans, que toma para vicarios generales á sus jóvenes y galantes compañeros de clase, y hace de su casa de campo de Coulans, un centro de reunión de hermosas damas, como pueden ver nuestros lectores en *La Cartuja de Val. Saint-Pierre*, y en Merlin y Thionville, *Vida y correspondencia*, por Juan Reynaud. Deduzcánse de esas costumbres, las creencias. Otros casos existen en los que ni siquiera se necesita deducirlas. En las casas del cardenal de Rohan, de M. Brienne, arzobispo de Sens, de M. Talleyrand, obispo de Autun, y del abate Maury, defensor del clero, es notorio el escepticismo. Rivarol, escéptico también, declara, que á las inmediaciones de la Revolución «la ilustración del clero igualaba á la de los filósofos.» «El cuerpo que tiene menos

preocupaciones, dice Mercier, ¿quién lo creyera? Es el clero.» (1)

Y el arzobispo de Narbona explicando la resistencia del alto clero en 1791, la atribuye según las *Memorias* de Lafayette III, 58, no á la fe sino al pundonor. «Nos condujimos entonces como verdaderos gentil-hombres; porque de la mayoría de nosotros no puede decirse que lo hiciéramos por religión.»

V

Del altar al trono la distancia es corta, y sin embargo, invierte la opinión en franquearla treinta años. Durante la primera mitad del siglo, no hay todavía oposición política social. La ironía de las *Cartas persas*, es tan mesurada como delicada. *El espíritu de las leyes*, es conservador. En cuanto al abate de Saint-Pierre, se sonríen de sus extravagancias y la Academia lo borra de su lista cuando se atreve á blasfemar de Luís XIV. Al fin, los economistas por un lado y los parlamentarios por otro, dan la señal. «Hacia 1750, dice Voltaire en su *Diccionario filosófico*, artículo *Trigo* y otros, la nación, harta de versos, tragedias, comedias, novelas, óperas, historias románticas, reflexiones morales más románticas aún y de disputas sobre la gracia y las convulsiones, se pone á raciocinar sobre los trigos.» ¿De dónde nace la carestía del pan? ¿Por qué el labrador es tan miserable? ¿Cuál es la materia y el límite del impuesto? ¿No debe contribuir toda tierra y debe alguna pagar más allá de su producto líquido? Hé ahí los problemas que penetran en los salones bajo los auspicios del rey, por el órgano de Quesnay su médico, su pensador, fundador de un sistema que engrandece al príncipe en vez de aliviar al pueblo, y que multiplica los impuestos en vez de aligerar la contribución. Al propio tiempo, y por la parte opuesta, llegan otros problemas no menos nuevos. «¿La Francia es una monarquía templada y representativa, ó un gobierno á la turca? ¿Vivimos bajo la ley de un dueño absoluto, ó estamos regidos por un poder limitado y responsable? «Los parlamentarios desterrados... pusiéronse á estudiar el derecho público en sus orígenes, y discurren de él como en las academias. En el espíritu público y en virtud de sus estudios, se establece la opinión de que la nación está por encima del rey, como la Iglesia universal

(1) Mercier IV, 142.— En Auvernia, dice M. de Monlosier, «me arreglé una sociedad de sacerdotes de talento, de los que algunos eran deístas y otros francamente ateos, con quienes me ejercitaba para luchar contra mi hermano.» *Memorias* I, 57.